

Miguel Ángel Granados Chapa

Del fuero interno a la plaza pública

Gonzalo Celorio

A un año de la muerte de Miguel Ángel Granados Chapa, el gran periodista y analista de nuestra vida pública, Gonzalo Celorio recuerda una faceta poco conocida del autor de Plaza Pública: la del bohemio de fino oído que supo descubrir la poesía en la canción tradicional mexicana.

Ahora que no contamos con su caudalosa información ni con el juicio crítico con que la manejaba y exponía, mucho echamos de menos a Miguel Ángel Granados Chapa, a cuya palabra cotidiana nos habíamos acostumbrado tanto como al café con leche de todas las mañanas. Nos falta su artículo en la prensa diaria, que le daba rai-gambre y escenario a los sucesos nacionales; nos falta su palabra pausada y certera en la radio, que le confería dimensión editorial a la noticia; nos falta su presencia quincenal en la Academia Mexicana de la Lengua, donde hablaba poco y sabiamente.

Colegas y discípulos suyos han señalado a lo largo del año transcurrido desde que murió, sus méritos y sus valores: la abundancia de su información, el equilibrio de su juicio, la congruencia de su discurso, la fidelidad a sus convicciones, la valentía de su lucha por la libertad de expresión, la limpieza de su prosa, la generosidad de su magisterio.

Pero hasta donde sé, nadie ha hablado de una faceta de la personalidad de Miguel Ángel Granados Chapa que pertenece más al fuero interno que a la plaza pública y que salió a relucir en el seno de la Academia Mexicana de la Lengua, cuando le correspondió hablar, ya en el ámbito cerrado de las sesiones ordinarias, ya en algu-

na de las sesiones públicas, que suelen adoptar un tono familiar que contradice la solemnidad con que se convocan. Pues bien, esa faceta íntima y personal de Miguel Ángel Granados Chapa, acaso insospechada debajo de la austeridad habitual de su discurso, es la de su gusto, no exento de erudición, por las letras de las canciones populares —diurnas o nocturnas, provincianas o arrabaleras— que determinaron su educación sentimental, tanto como cierta poesía mexicana del siglo XIX, tildada en su momento de facilista y sensiblera, de la que tenía conocimiento y por la que manifestó particular devoción.

Así lo reveló la tarde del 25 de agosto de 2010, cuando le correspondió ofrecer, por primera vez tras su ingreso en la corporación en mayo de 2009, la conferencia anual que los académicos estamos obligados a dictar por disposición estatutaria.

En esa exposición doméstica, por calificarla de algún modo, Miguel Ángel confesó, de entrada y para asombro del pleno académico, que apenas estaba saliendo del clóset de la cursilería donde había permanecido encerrado durante mucho tiempo. Se refirió a una famosa conferencia dictada por Manuel M. Ponce en 1936, a unos cuantos años de la aparición de la radio en Mé-



Miguel Ángel Granados Chapa

xico, a propósito de la música mexicana en la que nuestro eximio compositor, que había recopilado buena parte de la música vernácula de nuestro país, se quejaba del éxito de las canciones prostibularias de Agustín Lara, a las que tildaba de mediocres pero que tenían más aceptación que su propia obra, pues *Perdida*, *Santa* o *Señora tentación* se escuchaban en la radio con más frecuencia que *Estrellita*.

Hombre de prensa escrita, pero también de radio-difusión, pues fue director de Radio Educación y en las frecuencias de Radio Universidad mantuvo su *Plaza pública* oral por más de veinte años, Miguel Ángel consideró que este medio de comunicación había contribuido a forjar el espíritu nacional del pueblo mexicano, como antes lo habían hecho, según lo consignó Salvador Novo en su *Nueva grandeza mexicana*, la carpa y el teatro de revista y después lo harían el cine y el cabaret. Hizo entonces un recorrido por las canciones que, en opinión de Manuel M. Ponce, habían matado nuestra verdadera música vernácula. No dejó de reconocer que muchas letras, aquéllas para las que debería haber más censura que para el cine, según el compositor de *Estrellita*, son ciertamente pobres, rípidas, prolizas en lugares comunes, frases hechas y rimas fáciles, pero destacó algunas de mérito literario cuyo valor no siempre se ha reconocido. Entre ellas, varias de las que compusieron poetas de renombre, como *La Peregrina* de Luis Rosado Vega y *Caminante del Mayab* de Antonio Méndiz Bolio, a las que pusieron música Ricardo Palmerín y Guty Cárdenas, respectivamente. Pero también se refirió en términos reivindicatorios a las letras de Alfonso Esparza Oteo, como *Un viejo amor*, o de María Grever, cuyos éxitos la llevaron desde Guanajuato hasta Nueva York y de quien elogió la letra de *Alma mía* (*Si yo encontrara un alma / como la mía, / cuántas cosas secretas / le contaría. / Un alma que al mirarme / sin decir nada / me lo dijera todo / con la mirada. / Un alma que embriagase / con suave aliento, / que al besarla sintiese / lo que yo sien-*

to. / Ya veces me pregunto / ¿qué pasaría / si yo encontrara un alma / como la mía?). No puedo dejar de comentar, a manera de apostilla, que la interpretación que hace la cantante hispano-venezolana Soledad Bravo de esta canción modifica el último verso y en vez de dejar la pregunta abierta tal como la escribió la Grever, *qué pasaría si yo encontrara un alma como la mía*, termina el verso diciendo *si yo encontrara un alma / como la tuya y la mía*, con lo cual destruye toda expectativa poética, pues si ya se sabe quién es el destinatario de la búsqueda, la búsqueda misma, en la que se sostiene la canción, carece de sentido. También recordó Miguel Ángel a los hermanos Domínguez, de Chiapas, y su canción *Perfidia*, que por cierto muchos intérpretes no entienden, pues en lugar de decir *Mujer, si puedes tú con Dios hablar, preguntale si yo alguna vez te he dejado de adorar, y al mar, espejo de mi corazón...* dicen *y el mar, espejo de mi corazón*, como si el mar no fuera complemento indirecto del verbo *preguntar* sino sujeto de otra oración inexplicable. Bueno, al mejor cazador se le va la liebre: Agustín Lara, en una de sus alocuciones poéticas, cuando se sentía más poeta-músico que músico-poeta, dice: *Y hay en el asfalto de todos mis dolores dos sílabas que mojan nuestras vidas: Rocío*, que en realidad son tres sílabas: *Ro-cí-o*. De quien sí habló fue de Gonzalo Curiel, cuyas letras van más allá de la muy conocida *Vereda tropical*. A la canción *Desear* que él eligió para destacar la valía literaria de Curiel, yo añadiría *Temor* y *Calla tristeza*. Y sobre todo, *Aléjate*, que contiene dos versos despiadados, contundentes, incisivos y, a pesar de la letra misma, memorables: *Aléjate, si quieres salvarte de mi olvido*. Miguel Ángel ponderó, sobre la letra de *Bésame mucho*, ciertamente simplona a pesar de su enorme popularidad —que la ha llevado a ser emblema musical de nuestra ciudad capital—, la calidad poética de otras piezas de Consuelo Velázquez, más propositivas y de mayor fuerza argumental, como *Verdad amarga* (*Yo tengo que decirte la verdad / aunque me duela el alma. / No quiero que después me juzgues mal / por pretender callarla.*) o *Amar y vivir* (*No quiero arrepentirme después de lo que pudo haber sido y no fue*).

En este recorrido, Granados Chapa, acogiéndose a la libertad de expresión por la que tantas lanzas rompió, desnudó las entretelas de su educación sentimental y nos permitió echar una mirada a lo que había debajo del profesionalismo, el rigor, la austeridad de su quehacer periodístico. Al escucharlo, caí en la cuenta de que Miguel Ángel no podría haber sabido lo mucho que sabía de México, de su política y su cultura, si no conociera esta sensibilidad forjada con letra y música de bolero —sin duda una de las instituciones culturales de mayor cobertura hispanoamericana— que explica muchos de los rasgos de nuestra plaza pública. Quizá lo más significativo de su charla fue que mientras él leía, desprovistas de su música, las letras de esas canciones de su re-

pertorio íntimo y personal, los señores académicos, de los melómanos Ernesto de la Peña y Eduardo Lizalde al patólogo Ruy Pérez Tamayo o la lírica popular hispánica Margit Frenk; del jurista Diego Valadés al escritor Felipe Garrido, pasando por el latinista Tarsicio Herrera o el poeta Vicente Quirarte, musitaban, como quien reza una oración harto repetida —y seguramente tarareaban por lo bajo su música—, las letras de las canciones con las que Miguel Ángel aludía en su conferencia: *Peregrina de ojos claros y divinos y mejillas encendidas de arrebol...*, *Yo sé que nunca llegaré a la loca y apasionada fuente de tu vida...*, *Yo que fui del amor ave de paso, yo que fui mariposa de mil flores...* que forman parte de nuestro más profundo patrimonio verbal.

Pero no sólo este gusto por la música popular mexicana nos reveló a un Miguel Ángel insospechado, sino también, como lo anuncié al principio de estas notas, su devoción por ciertos poemas decimonónicos que había leído desde niño —y seguramente recitado en reuniones de familia o en ceremonias escolares— en las páginas de libros como *El declamador sin maestro* o *El libro de oro del declamador*, que en cierta ocasión citó sin ningún rubor y que, al igual que las letras de las canciones, han de haber incidido en su educación sentimental. No conservo esos libros que también alimentaron mi pubertad, pero todavía guardo en la memoria los versos de *Otelo ante Dios* de Manuel Puga y Acal (*¿Acaso porque mucho amado había, / no perdonaste, Señor, a Magdalena?*), *Reto* de Julio Flórez (*Si porque a tus plantas ruede / como un ilota rendido / y una mirada te pido con temor, casi con miedo...* o *El seminarista de los ojos negros* de

Miguel Ramos Carrión (*Desde la ventana de una casucha vieja / abierta en verano, cerrada en invierno / por vidrios verdosos y plomos espesos, / una salmantina de rubio cabello / y ojos que parecen pedazos de cielo, / mientras la costura mezcla con el rezo, / ve todas las tardes pasar en silencio / los seminaristas que van de paseo...*) de los que abjuré, avergonzado, apenas entré en la preparatoria y empecé a leer a Ramón López Velarde, Federico García Lorca y Pablo Neruda.

El 14 de octubre del mismo 2010, la Academia Mexicana de la Lengua convocó a una sesión pública solemne para conmemorar el bicentenario del nacimiento de Manuel Payno y el centenario del fallecimiento de Ignacio Mariscal y de Juan de Dios Peza. Cuando en alguna sesión ordinaria precedente se preguntó al pleno quiénes querían participar en dicho homenaje, Miguel Ángel Granados Chapa no dudó un instante en inscribirse para hablar sobre el poeta del hogar, como se le llamó al autor de *Fusiles y muñecas* (*Juan y Margot, dos ángeles hermanos / que embellecen mi hogar con sus cariños, / se entretienen con juegos tan humanos / que parecen personas desde niños...*).

En ese homenaje Miguel Ángel no leyó un texto preparado con antelación, sino, como lo hacía de lunes a viernes en Radio Universidad, habló pausadamente, en este caso sobre Juan de Dios Peza, un poeta que gozó del aplauso de las masas más que del reconocimiento de la crítica. Manuel Puga y Acal, como lo recordó Granados Chapa, lo tildó, en versos satíricos, de anticuado, vacuo y facilista y no lo consideró poeta sino mero versificador. Lejos de amenguarla, la crítica de Puga y Acal



Miguel Ángel Granados Chapa con Gonzalo Celorio

© Pascual Borrrelli Iglesias

acrecentó la fama de Peza, pues dio pie para que fijara, en los versos con los que le respondió, su propia poética, en la que priman la autenticidad y la nobleza:

Te dije: la inspiración
me falta; no la recibo
de la celeste mansión;
pero tengo un corazón
del que brota lo que escribo.
[...]

¿Que hablo de propios dolores
en todas mis cantilenas?
¿desde los tiempos mejores
los errantes trovadores
cantaron sus propias penas!

Todo lo que amor inflama;
todo lo que amor inspira,
sufre, goza, llora y clama;
el ave sobre la rama
y el bardo junto a la lira.

Jorge Ruedas de la Serna dice en el prólogo a la edición moderna de *Tradiciones y leyendas mexicanas* que es-

cribieron al alimón Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza que la animadversión contra este último “creció en la medida en que también crecía su enorme popularidad, bien afincada en una nueva clase urbana, también creciente y urgida de mensajes edificantes y reparadores con los cuales constituir su horizonte moral, su identidad social y su propia filosofía de la vida”. Esa clase urbana es la misma que pasará, andando el tiempo, de la memorización casi involuntaria de los adherentes versos de Juan de Dios Peza en el siglo XIX a la asimilación anímica de las letras de las canciones populares difundidas por la radio en el siglo XX.

Granados Chapa supo de la comunicación de estos vasos —la poesía romántica y la música popular— en que se deposita y fluye una sensibilidad íntima que subyace en los asuntos de la plaza pública.

A la objetividad de su información, el equilibrio de su juicio y la limpieza de su prosa, destacados méritos de su ejercicio periodístico, habrá que sumar la sensibilidad literaria, la memoria poética y el oído musical de Miguel Ángel Granados Chapa, que trascienden el ámbito bohemio al que suelen acotarse e inciden en la comprensión de la sociedad que nuestro compañero se empeñó en analizar cotidianamente. **u**

